

Cartas del fervor. Correspondencia con Maurice Abramowicz y Jacobo Sureda (1919-1928), Jorge Luis Borges, *Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, Emecé, Barcelona, 1999, 373 pp.*

El paso de Borges por la vanguardia y sus asombros es una experiencia examinada por diversos analistas. Sobre el mismo decorado, lectores y críticos pueden revisar las pequeñeces del proceso en el epistolario que ahora se ofrece, compuesto por 71 cartas que documentan acerca de la formación literaria del escritor en su etapa juvenil: la del Borges veinteañero, canónicamente argentino e innovador, obstinado en la búsqueda de lo criollo, inventor de una biblioteca confortable desde la que va a inmortalizar cuanto desea y teme, conjeturando así las fuerzas que el mundo encierra. Si se quiere, hallaremos aquí al joven que persigue su inhallable identidad, al aspirante a literato que formula opiniones abruptas, propias de quien se permite definir la proclama del ultraísmo, dándose respuestas extremadas a las grandes preguntas de la literatura. Un escritor ambicioso que busca experimentar la contemporaneidad desde su peculiarismo argentino. (Es lo que trató de hacerle ver a César Fernández Moreno en 1967 cuando, en el curso de una entrevista, afirmó que posiblemente el valor del ultraísmo «fuera escaso; pero nuestro fervor, nuestro entusiasmo eran auténticos, y creo que el movi-

miento ultraísta sirvió como estímulo»).

En edición de Cristóbal Pera, esta correspondencia tiene una presencia crítica destacable gracias al prólogo de Joaquín Marco y a las notas de Carlos García. Quienes hayan repasado en alguna oportunidad la biografía de Borges conocerán la personalidad de los destinatarios de todo este correo: Maurice Abramowicz (1901-1981), compañero de *Georgie* en el Collège Calvin de Ginebra, y el poeta Jacobo Sureda (1901-1935), apasionado con su mismo tanteo. Como autor de cartas, Borges construye una juventud abocada a la escritura, y desde esta perspectiva desgrana la mayor parte de sus reflexiones. Así, revalidando el proyecto ultraísta, le dice a Sureda: «Mi posición actual ideológica la tienes –más o menos– en la Proclama de *Prisma* (...) Ya ves: el yo no existe, la vida es un bodrio de momentos descabalados, el Arte (concedámosle una mayúscula al pobre) debe ser impar y tener vida propia, lo autobiográfico hay que ahogarlo para mayor felicidad propia y ajena, etc... (¡Dos veces *propia* y *vida* en la frase anterior! Qué escándalo)». En este caso, hasta la advertencia final se corresponde con el descubrimiento de su propio lenguaje: una niebla de palabras y relaciones arquetípicas da sentido a esa ficción que viene a ser la vida. Borges (joven, inmodesto, variablemente sintentizado) es el primer

personaje de sí mismo y se ciñe a la empresa de sus corresponsales, que también son sus lectores y su espejo.

Más en el oficio, escribe líneas que reflejan el grado de madurez intelectual que ha podido obtener: «A veces pienso que es idiota tener esta ambición de ser un hacedor de frases más o menos mediocre. Pero ése es mi destino». Y sin perder ese dejo inicial, tan preciso, se suman dentro del epistolario los condimentos que, ya despojados de tentaciones porteñistas, realzarán su obra de madurez, sobrescrita, despreocupada por lo inmediato y llena de referencias a otras lecturas.

Fragmentos de amor furtivo, Héctor Abad Faciolince, Alfaguara, Santa Fé de Bogotá, 1999, 357 pp.

Periodista y traductor, el colombiano Héctor Abad Faciolince (Medellín, 1958) ejerce con diversa eficacia el relato breve (*Malos pensamientos*, 1991) y la novela (*Asuntos de un hidalgo disoluto*, 1994). Asimismo, disponemos de ese íntimo arsenal que es *Tratado de culinaria para mujeres tristes* (1997), una fórmula a caballo entre los géneros, más que útil para comprender la medida íntima del autor.

Ahora, con su imaginación abriendo paisajes más cálidos, Abad ofrece a los lectores una nueva entrega que dedica a las cualidades del furtivismo amoroso, transitorio, alternativamente paradisiáco e infernal. Y al penetrar en esta corriente de vida, da cuenta de las fases, censuras y formas del retozo, aun a riesgo de burlar las pautas y represiones de la pareja convencional.

Sobre ese fondo, vale decir que «cuando el amor furtivo no es furtivo, es decir cuando deja de ser algo escondido, cuando el episodio secreto más significativo se revela, adquiere un peso desmesurado». Estas líneas dan la temperatura del ambiente descrito en la novela, llena a la sazón de episodios que duplican la sombra de *Las mil y una noches* y el *Decamerón*. El autor parece conocer asimismo el recetario sentimental descrito por Roland Barthes en *Fragments d'un discours amoureux* (1977), si bien, obviamente, no llega a explorar todos los exilios, mutaciones y síntomas de aquel volumen. De ahí que asigne a la onda fluyente del discurso amoroso un devenir regulado, retrospectivo. Es posible, por consiguiente, que la narración acabe por parecerse a los papeles sueltos de una memoria erótica.

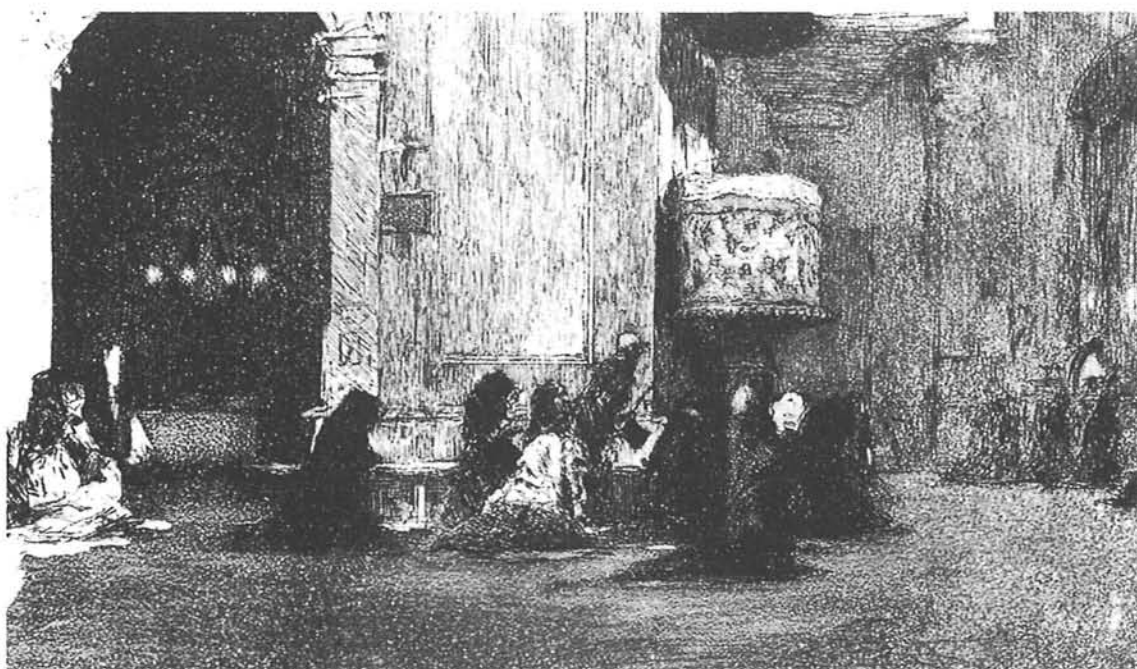
Rodrigo y Susana, los dos personajes que movilizan el relato, viven en Medellín, ensayando sus voluptuosidades en una fortaleza tibia, tranquila, en la cual se aíslan de un

entorno donde la muerte no suele llegar discreta y prefiere los disparos a la vejez. Prometiendo nuevas y cada vez más satisfactorias aventuras, Susana viaja en una dirección difícil. Pretende ser una nueva Scherezade que, como la hija del visir, cure a su modesto sultán de una catástrofe amorosa: la desconfianza en la mujer. Y cuando esa desconfianza pasa a lo genital, Susana recurre a una vieja terapia: verbalizar los episodios que han de animar el deseo de su compañero, a

la vez confidente y sujeto (celoso) de la escena.

Como dijo Barthes, el lenguaje es una piel: yo froto mi lenguaje contra el otro. Puesto a explorar la teoría, Abad Faciolince obtiene un desigual resultado a la hora de sublimar las piruetas del deseo en esta creación literaria donde se deslizan tanto el dispositivo de la sexualidad como su protocolo pasivo.

Guzmán Urrero Peña



Mariano Fortuny: *Iglesia de San José, en Madrid*